



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

El aviso misterioso

¿Fue un sueño, o qué fue?

Despertó con nítida visión de las imágenes que acababan de moverse ante su retina y aún le parecía que los ecos de las palabras oídas vagaban por el estrecho ámbito de la carpa. Afuera todo era quietud. Las tropas descansaban. Una fina llovizna caía lentamente, como con desgano, cesando y volviendo a caer por momentos. De cuando en cuando, la luz de una linterna eléctrica proyectaba su acecho en la sombra densa y dilatada.

¿Fue un sueño?

Púsose a recapacitar, a reconstruir lo que acababa de pasar, a repetir las palabras. ¿Vio o no vio que la carpa se abría y que el padre Cardozo entraba y se llegaba junto a su catre de campaña? Sí, él viera eso... Parecíale estar viéndolo todavía. Alzose el trozo de lona que servía de puerta y el padre Cardozo entró. Tenía bien grabada en la visión la conocida silueta del sacerdote. Entró, detúvose un instante a contemplar la figura yacente en el catre y luego avanzó muy quedamente con paso extraño [105] que parecía un oscilante andar en el espacio. Parecióle que el capellán estaba muy delgado, casi

transparente y que había en sus ojos y en la vaga expresión de sus labios y en sus movimientos todos un resplandor misterioso. Avanzó hasta quedar cerca del lecho. Una vez allí miró atentamente al que dormía; luego adelantó una mano y le dio unos golpecitos en el pecho para despertarlo:

-¡Mayor! ¡Mayor!

A pesar de lo profundo del sueño, el mayor despertó. ¿Despertó verdaderamente? Sí, estaba seguro de que había despertado. Después abrió los ojos y vio junto a su catre al padre Cardozo.

-¡Padre Cardozo!

Le llamó casi con un grito en su estupor. No le quedaba duda de que así había sido: sí, él había gritado el nombre del capellán, con sorpresa miedosa, sintiendo un estremecimiento en su cuerpo. Y el padre Cardozo, llevando un dedo a los labios, había pedido silencio. Y hablado así:

-Tranquilícese, mi mayor. Tengo prisa. Sólo he venido para darle un aviso importante. Levántese en seguida y corra a disponer su tropa.

El mayor oía asombrado. ¿Oía realmente? Se puso a recordar. Un día se le presentó un sacerdote joven, que vestía los arreos militares. Era el nuevo capellán de su unidad, el *paí* Cardozo. Lo estaba viendo en aquella dura ocasión en la que le tocara ponerse a prueba. Allí donde un gemir de herido indicaba que alguien reclamaba socorro, allí corría el joven sacerdote, bajo las balas, sin tasar el peligro, [106] a cumplir con su piadoso deber. Su presencia era una promesa de consuelo en medio del combate. Depositario de los mensajes postreros de los que morían, por su intermedio llegaban a los hogares lejanos las palabras de recordación cariñosa con que los hijos y los padres sellaban para siempre sus labios junto a su pecho. Y cuando no se combatía, el *paí* Cardozo era un compañero más, siempre jovial y sereno, siempre atento a sembrar en el cultivo de la camaradería la buena semilla que en su evangélica sinceridad era como un dulce y espontáneo brotar de su corazón. Un día el capellán no salió de su carpa. Súpose que ardía de fiebre. Hubo que evacuarlo y todos le vieron partir con una tristeza silenciosa y honda. Una infección contraída en ejercicio de su ministerio acabó en pocos días con su vida.

Pero el mayor, tras evocar rápidamente estos recuerdos, volvió a oír la voz del capellán:

-Mi mayor, no hay tiempo que perder. Los bolivianos avanzan en este momento por un pique oculto. ¡Pronto, pronto, mi mayor...!

Crujió el catre de campaña sacudido por un movimiento brusco del que lo ocupaba, y éste se puso de pie de un brinco, calzose, cubriose con un poncho, tomó sus armas y se precipitó fuera. Una orden resonó, con dilatado eco, en la quietud profunda de la noche. Hubo un activo ir y venir de hombres. Sonaron los teléfonos. La tropa, dormida un minuto antes, ocupó posiciones. Partieron estafetas y patrullas por todos los piques y se cernió una [107] enorme ansiedad en todo el sector, comunicada de hombre a hombre a través del frenesí de los preparativos. Segundos después tronaban todas las armas y el espacio se incendiaba en la estremecida llamarada de los disparos.

Rechazado el ataque boliviano, todo volvió a la calma. El comentario de lo acontecido corría ahora a lo largo de nuestras trincheras, con un eco milagroso que sumía en el asombro a los soldados. ¿Quién diera el aviso de aquel ataque nocturno no previsto? ¿Quién señalara el pique no conocido por donde se deslizaba cautelosamente la sorpresa? El mayor no sabía precisar, en la confusión de sus ideas, si efectivamente estaba despierto cuando le visitó el *paí* Cardozo; pero sí aseguraba que oyera claramente la voz del capellán:

-Mayor, mi mayor, no hay tiempo que perder. Los bolivianos avanzan en este momento por un pique oculto...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

